

ALFAGUARA



Marina Mayoral

Casi perfecto

Todo lo que inventamos es verdadero, puedes estar segura.

Trouville, domingo, 4 horas, 14 de agosto de 1853

... Escribir es algo delicioso, la posibilidad de no ser uno mismo, de circular por toda la creación. Hoy, por ejemplo, he sido hombre y mujer, amante y querida simultáneamente, me he paseado a caballo por un bosque, en una tarde de otoño, bajo las hojas amarillentas, y era los caballos, las hojas, el viento, las palabras que se decían y el sol rojo que hacía entrecerrar sus párpados anegados de amor.

*Croisset, noche del viernes, 2 de la madrugada,
23 de diciembre de 1853*

GUSTAVE FLAUBERT
Correspondance, Cartas a Louise Colet

I. Un crimen perfecto

Dijiste: Lo tenías planeado desde años atrás. Todos los detalles. Un crimen perfecto, madre.

Y te fuiste.

Y yo me quedé callada, arrimada a la pared con los brazos cruzados, viendo cómo te ibas hacia la puerta, sin mirarme, sin despedirte.

Tenía que haberte dicho algo, pero ¿qué? ¿Qué se puede responder cuando alguien te dice eso?

Alguien no, tu propio hijo. Mi propio hijo...

Suena a melodrama.

Ya entonces, en medio de mi estupor, de aquel desconcierto, la escena me sonó a folletón, a final de drama romántico: clímax y telonazo. El público se queda unos segundos sobrecogido y después estalla en aplausos: es el castigo para la mujer culpable, la mala esposa, la mala madre, la egoísta que sólo piensa en sí misma y que al final se quedará sola, como se quedan las mujeres que no saben sacrificarse por sus hijos y sus padres y sus maridos...

Pero es evidente que a ti debía de sonarte de otro modo: me estabas acusando de asesinato y te ibas. Tu castigo era decirme que lo sabías, y que no querías volver a verme. Un final a lo Dashiell Hammett.

¿Qué podía decir yo? Tú no esperabas que yo contestase, incluso te hubiese molestado. Tu forma de hablar no admitía réplica. Por eso me callé, porque lo que dijese entonces sería inútil. No estabas dispuesto a escuchar. Hacía tiempo que, para mi desgracia, sólo escuchabas a Susana.

Te llevaste tus cosas aprovechando mi ausencia y volviste para decirme aquello y marcharte definitivamente. Venías a cerrar un capítulo de tu vida y de la mía, a poner un punto final. Y lo que yo pudiera decir carecía de importancia, de ningún modo iba a cambiar tu decisión. Podría echarme a tus pies, suplicarte que me escuchases, o que no te fueses, pero sólo serviría para estropear más las cosas. En estos casos, sea hijo o amante quien nos abandona, hay que mantener al menos la dignidad, sobre todo cuando perderla no va a servir para nada.

Y me callé, además, porque me parecía absurdo ponerme a rebatir una acusación tan mal formulada, perdona que te lo diga. Podrías acusarme de haber actuado imprudentemente, o de haber cometido un error que tuvo consecuencias fatales. Eso sería otra cosa. Entonces no era el momento de discutirlo, porque tú no estabas en situación de escuchar razonamientos. Pero ahora sí quiero hacerlo. Y también quiero analizar las circunstancias que te han llevado hasta este punto.

Ahora ya tienes tu propio dinero, tu independencia. Y has roto con tu madre, quizá como venganza, quizá como homenaje póstumo al padre amadísimo. No podías soportar que revirtiera sobre mí ni una pizca del cariño que habías depositado en él. Se lo tenías que reservar todo, incluso el que a mí me tuviste alguna vez. Porque me has querido, Peque, de eso estoy segura. Menos que a tu padre, pero me querías...

Por eso no puedes irte de ese modo. No puedes. No me da la gana, no me resigno, no estoy dispuesta a cruzarme de brazos y dejar que me odies o me ignores. Tienes que escucharme.

Quiero defenderme. Cualquier reo tiene el derecho a hacerlo y yo no voy a ser menos. Sé que he hecho muchas cosas mal, porque si no, no estaríamos donde estamos, pero quizá sean menos de las que crees. Y ya te adelanto algo, Peque: nunca quise alejarte de tu padre,

nunca deseé que desapareciera de tu vida, a pesar de que sentía celos de tu cariño hacia él. Yo también lo quería, lo seguí queriendo siempre, y ni a ti ni a él os hubiera hecho voluntariamente el menor daño. Esto me parece tan evidente que no acabo de entender por qué retorcidos y absurdos caminos has podido llegar a pensar que yo actué aquel día siguiendo un guión preconcebido...

Lo primero que se me ocurrió pensar, cuando pude pensar, cuando me senté sola en mi butaca tras tu dramática salida, fue que te había dado un ataque de locura, que habías enloquecido. Y tuve miedo de que fuese irreversible. Hay formas de esquizofrenia que se manifiestan tardíamente, y la causa que las desencadena puede ser un dolor muy intenso. Me acordé de aquella película que nos impresionó tanto, *La encajera*. La chica enloquece cuando su pareja la abandona y nunca recupera la razón, nada de lo que hacen por ella sirve para sacarla de su pacífica locura, del aislamiento en el que se sume. Se me vino a la cabeza. Tú tienes incluso cierto parecido con aquella actriz, recuerdo que cuando la vimos te lo dije y te molestó, porque la chica era poco agraciada, aunque tenía encanto. En fin, Peque, que pensé que el dolor de haber perdido a tu padre te había trastornado.

Y no he sido la única. Xan lo pensó también. Me escribió para decirme que te cuidase, que estabas muy *trastornado*. Ésa fue la palabra que empleó. Tu hermano tiene buen ojo para darse cuenta de esas cosas. Parece que está a lo suyo y no se fija, pero se entera. Y me escribió desde allá para que te cuidase. A él ya le habías escrito que yo era culpable de la muerte de vuestro padre, pero yo entonces, cuando volvía a casa desde el otro lado del mundo, aún no lo sabía. El disquete con la carta en la que se lo decías lo encontré después, fue lo único tuyo que dejaste en esta casa.

Dijiste aquello, cerraste la puerta y te fuiste. Y yo me quedé un rato allí arrimada a la pared, escuchando, es-

perando oír de nuevo tus pasos, hasta que me convencí de que no ibas a volver.

Después llamé a Wences para que supiera que había llegado y estuviese tranquilo. Y me quedé sentada en la butaca pensando: está loco...

Aunque la verdad es que no acababa de creérmelo, quiero decir lo de la esquizofrenia. Trastornado sí, pero en el sentido de hacer cosas poco razonables: tratar de vengarte de mí por la parte de culpa que haya podido tener en la muerte de tu padre. O dejar de quererme, porque, según tú, yo no quise a tu padre todo lo que él merecía. Sé que pensabas eso de mí...

Sé de ti muchas más cosas de las que te imaginas. Leí el diario que escribías cuando tenías doce años. Ya sé que no debí hacerlo, pero lo encontré limpiando tu cuarto, metido entre los libros que tu padre te había regalado, y no pude evitar curiosarlo primero y leerlo después con avidez, y sufrir por lo que pensabas sobre mí. De todo esto quiero que hablemos.

Desde que te fuiste no he dejado de darles vueltas a tus palabras, a tus últimas palabras, a lo que significan más allá de su aparente locura. Por eso escribo, porque es mi manera de llegar a la verdad.

¿Quisiste decir que en el fondo yo deseaba la muerte de tu padre?

Me lo he preguntado a mí misma. Hasta he llegado a plantearme si, de forma inconsciente, yo actué, en efecto, siguiendo un guión.

Quizá lo que había escrito años atrás en mi novela me dio la pauta para actuar en aquel momento. Hice algo semejante a lo que hizo la protagonista. Involuntariamente entré en un camino que estaba trazado de antemano. Lo mismo que sucede con un paisaje o un monumento que has visto en el cine o en fotografías antes de verlo en la realidad. Sabes por dónde ir, lo que tienes que hacer para llegar a donde quieres, aunque nunca has esta-

do allí antes. Y haces lo que hay que hacer sin tener que pensarlo...

Pero creo que no fue eso lo que tú quisiste decir. No me hago ilusiones. Lo dijiste bien claro: Lo tenías planeado desde años atrás. Todos los detalles. Un crimen perfecto, madre.

Pues bien, tú has dicho lo que querías y ahora me toca hablar a mí. Tengo que encontrar las palabras que puedas entender... Es a mí a quien corresponde hacer el esfuerzo para recuperarte. Tú sólo tienes que escucharme. Y sólo te pido eso: que no te cierres a mis palabras, que me escuches. Y que leas esta carta hasta el final. Te lo pido por tu padre, por el cariño tan grande que sientes por él: no dejes de leer, aunque te duela lo que estés leyendo. Lee hasta el final, Peque.

II. Tuerta y coja

Quizá debería empezar diciéndote sin rebozo que odio a Susana, y exponer mis justificadísimas razones para odiarla. O quizá rememorar contigo la escena de la muerte de tu padre para hacerte consciente del papel que cada uno representamos en ella. Pero no me siento ahora con fuerza para volver a aquellas horas terribles, y, si empiezo hablando de Susana, temo que tú no seguirías leyéndome.

Quiero empezar por algo de lo que nunca hemos hablado y que te ayudará a entender muchas cosas.

Cuando te fuiste, yo me quedé esperando el sonido de unos pasos de vuelta. En las desgracias uno siempre espera que no sea verdad, que ocurra un milagro; es como si la mente se resistiera a aceptarlo y se concediera un plazo para asumir el dolor definitivo. Entonces también fue así, me quedé esperando con el oído atento a todos los ruidos de la finca. Y cuando fue evidente que ya no ibas a volver me fui a mi cuarto, me quité el parche y el alza y me miré al espejo. Y volví a preguntarme lo que tantas veces me he preguntado desde mi niñez: ¿por qué a mí? ¿Por qué me ha pasado a mí?

Cuando la desgracia les ocurre a otros nunca nos preguntamos por qué a ellos y no a nosotros. La aceptamos como algo natural, como la lluvia en un día de fiesta o como el terremoto que mata a cientos de personas desconocidas. Sólo ante la propia desgracia nos preguntamos por qué.

A mí me costó años aceptar la respuesta, que en realidad es otra pregunta: ¿por qué no?

Fui una niña que no se resignaba a ser coja y tuerca, o, mejor dicho, que pensaba que era una broma cruel

y sin sentido dejar sin un ojo y con una pierna defectuosa a una niña que sin eso hubiera sido muy guapa. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que hubiera sido peor ser fea. Ni siquiera lo descubrí sola. Fue un hombre quien me lo hizo ver.

Las mujeres sólo contribuyeron a desesperarme más. A pesar de los esfuerzos de mi madre por evitarlo, siempre había alguna que decía: «Qué lástima, tan guapa que podría ser», lo decían como si, además de coja y tuerta, fuese sorda y no pudiera oír su comentario cruel. Mi madre, la pobre, replicaba: «Es muy lista y eso es lo que importa en la vida». También decían que en un chico importaría menos, pero que siendo chica, qué desgracia... Comentarios de esa índole, que me llenaban el alma de amargura. Hasta que don Armando me levantó la barbilla para verme bien la cara y me dijo: «Eres una niña preciosa..., preciosa». Y después me cogió de la mano y me llevó a su biblioteca, buscó entre los libros y me enseñó un retrato. Era una señora con el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza y un gran cuello de gola. Llevaba pendientes largos de perla y un parche le tapaba un ojo. «Es muy guapa, ¿verdad?», me dijo.

Sí, era muy guapa. Don Armando me dijo que se habían enamorado de ella los hombres más importantes de su tiempo, y el más poderoso, el rey Felipe II. Se llamaba Ana, igual que yo, y era princesa de Éboli por su matrimonio. El retrato se lo había hecho uno de los grandes pintores del siglo XVI, Sánchez Coello.

Yo entonces le pregunté si también era coja y don Armando se echó a reír. Me dijo que no, que no era coja, y se quedó unos instantes en silencio. Después me dijo que la cojera en una mujer era un atractivo para muchos hombres, que no me podía explicar entonces por qué, pero que confiase en él, que le concediese crédito. Me dijo: «Tú pensabas que ser tuerta era un defecto que destruye la belleza, y ya ves como no es así, al contrario, pue-

de convertirse en un poderoso atractivo si sabes llevar esa falta como la llevaba la princesa de Éboli».

Después me dijo que la cojera también podía serlo, y que me lo explicaría cuando fuese mayor. Yo tenía entonces ocho años y estaba vestida de primera comunión. No había podido hacerla a los siete porque me había puesto enferma, y era un año mayor que el resto de las niñas y mucho más alta. En las fotos parezco una novia. Mi madre me había llevado de visita a la casa de los marqueses, era la costumbre de la época, la niña vestida de comunión pasaba por algunas casas y le hacían un regalo. La hermana de don Armando me dio una caja de chokolinas y don Armando, que era viudo, me hizo el mejor regalo que he tenido en mi vida: aquella imagen de la princesa de Éboli, y el convencimiento de que ni la cojera ni la falta de un ojo podían destruir el atractivo de una mujer.

Algunos años después hice otro descubrimiento. En mi libro de texto de literatura española había un poema de Juan Ramón Jiménez titulado «La cojita». Habla de una niña coja que sonríe y dice siempre: «Espera, voy a cojer la muleta». La pierna le cuelga, no puede correr como los otros niños, pese a sus esfuerzos, jadea y tiene que sentarse y volver a decir: «Espera». Pero nadie la espera, el poeta lo dice:

*¡Mas los pájaros no esperan;
los niños no esperan! Yerra
la primavera. Es la fiesta
del que corre y del que vuela...*

Yo me aprendí de memoria aquel poema y decidí que nunca pediría que me esperasen, ni esperaría nada que no pudiera conseguir por mis propios medios. Tenía ya doce años y desde que había hablado con don Armando me cubría el ojo de cristal con un parche del mismo color que mis vestidos.

Cuando cumplí diecisiete don Armando me dio a leer un libro que hablaba de la antigua costumbre china de vendar los pies a las mujeres para impedir que les crecieran. El autor explicaba que no se trataba de una cuestión de estética. La deformación de los pies obligaba a la mujer a andar de una manera que provocaba a su vez una deformación de los órganos sexuales internos que hacía más placentera para el hombre la cópula. Don Armando me dijo que la cojera femenina tenía las mismas consecuencias. El hombre occidental no sabe a qué se debe, pero la experiencia le ha demostrado que el placer es más intenso con mujeres cojas y, añadió, esa sabiduría práctica se ha transmitido de boca en boca, de modo que nunca por ser coja se ha quedado soltera una mujer.

Mis padres se desvivían por paliar lo que consideraban «mi desgracia» y se gastaron un dineral en ojos de vidrio y en zapatos con alza que disimularan mis defectos. No escatimaron ni un céntimo y se privaron de muchas cosas para que yo no sufriera. Y aceptaron lo que al principio les pareció una extravagancia: aquellos parches que cubrían un ojo que había costado tanto dinero. Tengo mucho que agradecerles, sus sacrificios y su comprensión, desde luego, pero todos sus desvelos no habrían bastado para que no me considerase una víctima del destino, para que dejase de preguntarme ¿por qué yo? Fueron los consejos de don Armando y aquel poema los que me ayudaron a hacer de la necesidad virtud, a convertir los defectos en atributos, y a huir de la compasión.

Sólo cuando tú te marchaste volví a sentirme víctima. Fui a mi cuarto, me quité el alza y el parche, me miré en el espejo como hacía tiempo que no me miraba, y volví a hacerme aquella vieja pregunta: ¿por qué tiene que pasarme esto a mí? Y lloré con mi ojo sano porque ante esta nueva desgracia no iban a servirme los consejos de don Armando ni la lección de «La cojita»...

Pero me equivocaba. Mis carencias han hecho de mí una luchadora que no se rinde, Peque. Aprendí a bailar con mi alza y a nadar, y a esquiar, y lo hacía mejor que mis amigas; tuve más pretendientes que todas ellas, me casé con el hombre que les gustaba a todas; nunca me ha faltado un amante cuando lo he deseado. Y tengo un trabajo en el que mis defectos físicos aumentan mi atractivo social.

No me voy a quedar sentada viendo cómo los otros disfrutan de la primavera. No me voy a quedar esperando que vuelvas. No voy a permitir que Susana se salga con la suya y me arrebate por segunda vez lo que es mío. Eres mi hijo, Peque, y voy a luchar por ti. Si lo que voy a contarte te hace sufrir, piensa que son las palabras de una mujer a la que nada se le dio de balde. Y si después de haberme oído quieres irte para siempre, entonces me resignaré y, como la cojita de Juan Ramón Jiménez, me sentaré, apoyada en un chopo, a ver pasar lo que me quede de vida.